

Entramados político-afectivos: producciones narrativas desde una experiencia colectiva en Uruguay

*Lucía Barreto Bisio**

*Elena Hernández López***

*Nazarena Guerra Pereira****

*Alicia Rodríguez Ferreyra*****

*Daniela Osorio-Cabrera******

Resumen

La pandemia por Covid-19 agudizó una crisis civilizatoria ya existente. En ese contexto se tejieron y reactivaron las tramas comunitarias para sostener la vida desde diversas experiencias colectivas. Esta comunicación tiene como marco esta coyuntura. Compartimos las reflexiones que surgieron de la investigación con el colectivo Huerter@s de Colinas de Solymar y que son producto del trabajo de co-producción de conocimientos desarrollado en el marco de un proyecto de investigación-acción desde las epistemologías feministas. Se empleó una metodología cualitativa

* Facultad de Psicología, Universidad de la República. Correo electrónico: [lucia.barreto@psico.edu.uy] / ORCID: [0009-0007-0982-9236].

** Facultad de Psicología, Universidad de la República. Correo electrónico: [elehernandez.lop@gmail.com] / ORCID: [0009-0000-5340-3282].

*** Facultad de Psicología, Universidad de la República. Correo electrónico: [nazarenaguerra79@gmail.com] / ORCID: [0009-0006-9358-9310].

**** Facultad de Psicología, Universidad de la República. Correo electrónico: [aliciar@psico.edu.uy] / ORCID: [0000-0003-3748-3571].

***** Facultad de Psicología, Universidad de la República. Correo electrónico: [dosorio@psico.edu.uy] / ORCID: [0009-0002-9693-0597].

elaborando una Producción Narrativa colectiva. La experiencia del colectivo muestra modos alternativos de hacer política desde la producción de lo común. Lo afectivo se entrama con una mirada interdependiente de cuidado hacia lo humano, lo no-humano y el territorio, para la sostenibilidad de la vida. El encuentro con Huerter@s amplió la sensibilidad del equipo de investigación, transformando su propia mirada y desarrollando un quehacer encarnado e implicado.

Palabras clave: epistemologías feministas, producciones narrativas, sostenibilidad de la vida, política afectiva, lo común.

Abstract

The COVID-19 pandemic intensified an already ongoing civilizational crisis. In this context, community networks were woven and reactivated to sustain life through diverse collective experiences. This communication is framed within this context. We share the reflections that emerged from the research with Huerter@s of Colinas de Solymar, which are the result of the knowledge co-production process developed within the framework of an action-research project based on feminist epistemologies. A qualitative methodology was used, developing a collective narrative production. The collective's experience reveals alternative ways of doing politics through the production of the commons. Affective dimensions intertwine with an interdependent perspective of care for the human, the non-human, and the territory, for the sustainability of life. The encounter with Huerter@s broadened the sensitivity of the research team, transforming their own perspective and developing an embodied and involved approach.

Keywords: feminist epistemologies, narrative production, life sustainability, affective politics, the commons.

Introducción

La pandemia por Covid-19 agudizó una crisis civilizatoria (social, económica, ecológica y de cuidados) ya existente. En ese contexto, se tejieron y reactivaron las tramas comunitarias para sostener la vida desde diversas experiencias colectivas. Esta comunicación tiene como marco esta coyuntura. Expone las reflexiones desarrolladas a partir de un proyecto de investigación-acción llevado a cabo entre 2022 y 2024, entre docentes y estudiantes, en el marco del Grupo Integral “Tramas comunitarias para la sostenibilidad de la vida” del Instituto de Psicología Social de la Facultad de Psicología de la Universidad de la República.

El objetivo principal del estudio fue co-producir conocimientos sobre los procesos colectivos que se desplegaron para el cuidado y el sostenimiento de la vida, a partir del abordaje de la emergencia alimentaria y social producto de la pandemia por Covid-19.

Trabajamos con un grupo de habitantes de una localidad ubicada al norte de la Ruta Interbalnearia (entre los km 26 y 27.500) en la Ciudad de la Costa del Departamento de Canelones, Uruguay, que llevan a cabo huertas familiares como estrategia para el desarrollo de la soberanía alimentaria.

La zona, emplazada a 6 km de la costa del Río de la Plata, comienza a poblarse en la década de 1960 y tiene aproximadamente 2800 habitantes. Sus calles no están asfaltadas y la mayoría de las casas son de una planta. En su paisaje predominan los montes de eucaliptos y de pinos. Cuenta con servicios básicos de salud (primer nivel de atención) y educativos (centro educativo para la primera infancia, escuela primaria, centro juvenil).

El grupo, denominado “Huerter@s de Colinas de Solymar” (en adelante Huerter@s¹), está integrado por entre 15 y 20 personas, la mayoría mujeres (un solo varón participa con asiduidad), de entre 50

¹ El propio grupo emplea el @ en su nombre por lo que nosotras lo mantenemos. En el resto del texto, emplearemos el femenino para aludir a sus integrantes, ya que la mayoría son mujeres.

y 80 años de edad. Se conformó apenas iniciada la pandemia buscando trascender otras acciones solidarias y asistenciales muy extendidas en momentos de crisis, como las ollas populares. Fueron sorteando los inconvenientes que supuso la medida de distanciamiento físico promovida desde las instancias gubernamentales, generando estrategias de diverso tipo que les permitieron estar en comunicación, acompañarse y apoyarse mutuamente, tanto en circunstancias dolorosas como en celebraciones. Comenzaron a reunirse semanalmente en el local del Centro de Barrio del Municipio para conversar, planificar, evaluar sus acciones y compartir momentos amenos donde, a medida que los encuentros presenciales fueron posibles, no faltaban alimentos elaborados con sus propias manos. El grupo se mantiene hasta la actualidad. Realizan actividades de capacitación, recorriendo sus propias huertas, compran y distribuyen tierra y composta, intercambian semillas, plantines y saberes sobre el cuidado de las plantas, mantienen vínculos con instituciones educativas y participan de proyectos locales. También han visitado otras experiencias en el país y organizan ferias y festejos, entre otras acciones. Así, han construido una trama afectivo-relacional desplegando acciones colaborativas y de cuidado mutuo, construyendo y fortaleciendo vínculos de vecindad.

A partir del pedido que expresan al equipo —acompañar una sistematización de la experiencia—, y de nuestro propio interés en profundizar sobre el carácter de los procesos colectivos para el sostenimiento de la vida en momentos de crisis, propusimos una estrategia metodológica cualitativa con componentes participativos y de acción. Esto incluyó la elaboración de una Producción Narrativa (Balasch y Montenegro, 2003) colectiva, que permitió textualizar la historización de la experiencia y las reflexiones del grupo en torno a distintas dimensiones: los sentidos de lo comunitario; el tratamiento de las diferencias; la distribución de roles, tareas y toma de decisiones y la articulación en redes territoriales. Dicha textualización se realizó a partir de una serie de talleres que se llevaron a cabo para abordar estos ejes temáticos y que fueron registrados. Al mismo tiempo, acompañamos distintas actividades, tales como recorridas por las huertas,

festejos de cumpleaños del colectivo y ferias de Economía Social y Solidaria.

El procedimiento para la Producción Narrativa consistió en la elaboración de un texto por parte del equipo de investigación a partir de los registros de las actividades compartidas y de la retroalimentación de las participantes que posibilitaron la realización de ajustes sucesivos hasta alcanzar un texto definitivo que fue ilustrado e impreso. Las Producciones Narrativas son una estrategia basada en las epistemologías feministas (Haraway, 1991), que entiende el conocimiento como la articulación de posiciones situadas y donde la nuestra es una más entre las posibles. En esta investigación nos articulamos con los conocimientos y saberes que las Huerte@s nos compartieron sobre su experiencia del cuidado de la vida. La narrativa producida consiste en comprensiones situadas de la experiencia (Balasch y Montenegro, 2003), las cuales pondremos en diálogo con nuestras reflexiones en este texto. La acompañamos de ilustraciones que fueron realizadas a partir de un *collage* colectivo elaborado con el grupo y presente en la narrativa, el cual tuvo la intención de expresar, a través de un lenguaje artístico, el proceso transitado. Entendemos dichas ilustraciones como difracciones afectivas que buscan expandir la experiencia en su dimensión sensible para generar nuevas conexiones.

En el primer apartado, hacemos énfasis en la interdependencia como clave para visualizar los entramados de cuidado entre las personas y entre lo humano y lo no-humano para la sostenibilidad de la vida, desafiando perspectivas dicotómicas que establecen jerarquías y relaciones de dominación con la naturaleza. Posteriormente, reflexionamos respecto a las tareas de cuidado como parte del conjunto de actividades necesarias para la reproducción de la vida, desarrolladas históricamente por las mujeres e invisibilizadas como trabajo. En un tercer momento, abordamos la dimensión de lo político entramado a los afectos, dando cuenta de formas horizontalizadoras que llevan adelante Huerter@s, donde lo afectivo aparece como motor para una posible narración de un nosotras/os que abre horizontes de lo posible. En las reflexiones finales realizamos una síntesis de

lo expuesto reafirmando la idea de que la emergencia por Covid-19 permitió visibilizar la potencia de configuraciones innovadoras de lo común como alternativas a un capitalismo extractivista y avasallador de vidas. Señalamos ciertas inquietudes que insisten, vinculadas a profundizar un enfoque interseccional y en prácticas de co-producción de conocimientos coherentes con los postulados ontológicos y epistémicos que sostenemos.

Superar la mirada dicotómica: interdependencia y sostenibilidad de la vida

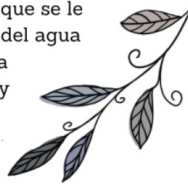
La relación de las integrantes del grupo con la naturaleza es una dimensión que ha estado presente en nuestras reflexiones a lo largo de la investigación. Si bien este vínculo había sido pensado desde algunas de las perspectivas teóricas del proyecto formulado (Haraway, 1997; Butler, 2010; Gutiérrez, 2017), el acercamiento del equipo de investigación al colectivo implicó una sensibilización al respecto, que excedió por mucho lo teórico, haciendo volcar nuestros afectos hacia la naturaleza de un modo distinto, más atento a nuestras formas de *prestar atención* (Despret, 2022), más considerado, más animista (Kazic, 2024).

Uno de los conceptos centrales fue el de interdependencia (Butler, 2010), sostén fundamental de nuestra mirada sobre los procesos colectivos. Esta noción da cuenta de “una condición de vida compartida por necesidad y a la fuerza”, ya que ontológicamente somos vulnerables a “los peligros y las pasiones de la exposición corporal” (Butler, 2023: 158). Partíamos de pensar, impulsadas por los planteamientos de Butler y por la crisis vinculada a la pandemia, en la desigual distribución de las condiciones que hacen vivible una vida a pesar de la vulnerabilidad y precariedad que compartimos. La interdependencia, entonces, permitió echar luz a la necesidad de generar y visibilizar entramados de cuidado, en oposición a los imperativos individualistas que priman y que se agudizaron en la crisis por Covid-19. Estos entramados posibles nos hablan de lo colectivo

incluyendo relaciones entre personas, instituciones y grupos, pero también considerando el vínculo entre lo humano y lo no-humano.

En el proceso de trabajo con Huerter@s, la consideración de esta interdependencia se hizo presente de forma encarnada, ya que el colectivo se constituye desde la capacidad de brindar sostén y cuidado hacia otros/as. Es este un aspecto que les permite sostenerse cotidianamente en la singularidad y en la grupalidad, en el hogar y en el barrio, en vínculos de dependencia recíproca entre personas y con la naturaleza, rompiendo activamente ciertas tendencias de pensamiento que se tienden a perpetuar. En un tramo de la Producción Narrativa se expresa:

Los vínculos comunitarios que surgen como fruto del compartir hacen que nuestro afecto circule por distintos espacios. Detrás de cada nueva semilla o plantín hay distintos recorridos que se hacen para llegar al centro de barrio. Es por eso que llevar algo de nuestras huertas al grupo, es compartir un pedacito de toda la dedicación que le damos a la tierra. Intercambiar plantas es más que la planta en sí, es todo el amor y el esfuerzo que se le pone a cada siembra y a cada riego, a pesar del agua salada, las heladas que queman las hojas o la sequía que deja el suelo como una roca. Así y todo, un@ termina echando raíces en este lugar, como las plantas.



En otras palabras, el pensar en términos de la vulnerabilidad compartida y de un accionar interdependiente, desafía las dicotomías heredadas y reproducidas por la colonialidad (Quijano, 1992) y la modernidad. Estas lógicas, sostenidas en la estructura capitalista, patriarcal y racista, como explica María Lugones (2011), organizan el mundo en categorías jerárquicas y dicotómicas que desde el ámbito académico muchas veces reproducimos, limitando la comprensión de las complejas interrelaciones que componen la vida. Bajo estas categorizaciones se privilegian algunas vidas (las humanas, blancas, masculinas, de clase alta) por encima de otras. Desde un ejercicio de reflexividad y análisis de nuestra implicación y, por tanto, de nuestra *posición en el mundo* (Rodríguez *et al.*, 2024) nos dimos cuenta de que partimos de una mirada hacia lo no-humano como un aspecto

complementario o anexo a lo colectivo, pero no como parte constitutiva fundamental de la experiencia.

Dada la sensibilización desplegada al compartir con Huerter@s, fueron surgiendo perspectivas que buscaron contrarrestar esta mirada subsumida a la lógica dicotómica y jerárquica imperante. Así es que retomamos los aportes de Cristina Cielo y Nancy Carrión (2019) respecto de las *ecologías afectivas*, como ejercicio de comprensión del vínculo entre las personas y la naturaleza, donde es imposible segregar una de sus partes, en tanto ellas se encuentran en una afectación mutua. Las autoras desarrollan este concepto a partir de trabajos en territorios indígenas, donde la relación con lo no-humano se presenta como una co-existencia, desde un “conocimiento íntimo y situado” (Cielo y Carrión, 2019: 75). Este concepto nos acerca a una comprensión del vínculo del grupo de Huerter@s con la naturaleza: un vínculo de coexistencia y cuidado con el agua, las plantas, el suelo y el territorio que habitan. Diálogos respecto a estas cuestiones se intercalan espontáneamente con diálogos vinculados a quienes conforman el grupo (cómo están, qué necesitan, qué les ha pasado), e incluso con diálogos sobre cuestiones burocráticas y de organización. La naturaleza es parte constitutiva del hacer grupal, no meramente una consecuencia o un horizonte de acción. La evaluación que el colectivo realiza acerca del funcionamiento y de la vida del propio grupo muestra esto último con claridad (Huerter@s de Colinas de Solymar).

Conversan sobre cómo recolectar agua en momentos de sequía y sus integrantes se sienten decaídas cuando el agua está faltando. Intercambian semillas sabiendo que las plantas de las otras, serán “hijas” de sus plantas y que entonces habrá algo del cuidado y el afecto desplegado por cada una, que se extenderá hacia las huertas de las demás, y que incluso será motivo para visitar y producir alimentos en conjunto. Así, lo vivo no-humano adquiere otro estatus; las plantas, el agua, las semillas, bajo sensibilidades otras, son *animadas*, son consideradas como “seres de belleza, de pasiones” (Kazic, 2024: 132). El animar a las plantas, a la tierra, a la naturaleza, emprende historias singulares, “aventuras de lo cotidiano que

comprometen vidas, con actores sólidamente dotados de intenciones, proyectos y deseos” (Despret, 2022: 60). Al decir de Despret (2022), se trata de prácticas de gusto, que nos hacen singularizar las vidas, los territorios, las acciones, bajo una *ética de la atención* hacia lo vivo, captando sus despliegues singulares y contando desde estos, historias alternativas.

Huerter@s de Colinas, ¿hacia dónde crecemos?

A comienzos de 2023 evaluamos lo hecho y planificamos el año. Le pedimos al equipo de psicología que nos acompañara. Fue un momento para mirar la situación del grupo. Lo comparamos con plantas. El grupo se vio como: una suculenta (“plantás dos y se te forma otra y otra...”), un ombú (“empieza a crecer y abraza más, tiene raíces firmes y muchas, se va multiplicando, se dobla, es flexible”), la flor de loto (“nace desde las mayores



dificultades y siempre está intentando abrirse”), como un girasol (“es una planta generosa para la vida, cuando no hay sol y falta luz, se miran entre ellas y se cargan una a la otra”, “no se quiebra”), o como una planta aromática como el orégano (“crece, tiene millones de hojas y da flores y otra vez vuelve a crecer, como Mario que dejó una semilla y va a nacer de vuelta”). También se vio al grupo como un árbol frutal (“tiene diferentes etapas, se mueven según las circunstancias”), como la acelga (“es resistente, a veces más flacucha y más débil, pero es parte de mi huerta cotidiana”), el jazmín del país (“siempre para adelante, siempre subiendo, tiene un buen aroma”), como el romero (“una planta fuerte y constante”, “hay temporadas que está más bajita y otra con unas florcitas preciosas”, “tiene fortaleza, es duro, no se va a romper así nomás, es una planta guerrera, soporta la sequía”), y como un jazmín del cabo (“cuando florece perfuma, le arrancás la flor y sigue perfumando, tiene algo especial”).

Esta animación resiste a los trascendentalismos y arbitrariedades de las lógicas que nos dominan, que nos narran historias muy acotadas de lo vivo, cuyas formas aparecen como recursos, objetos, o productos de consumo o uso, apropiables, utilizables, descartables. Entramos entonces en el debate sobre el que las economías feministas suelen pensar: el conflicto capital-vida (Pérez Orozco, 2015). Es

que las perspectivas acotadas de lo vivo, son sostenidas por las lógicas imperantes del individualismo, el mercantilismo, la colonialidad y la modernidad, que ponen a las vidas —a algunas ciertamente más que a otras— al servicio de la producción y la acumulación. Autoras como Haraway (2016) hablan de este momento histórico como el Plantacioceno, para referirse a un periodo marcado por la devastación de los territorios y la extracción de los recursos, con el objetivo de maximizar la producción y el consumo.

En este contexto, la acción de colectivos como Huerter@s, que colocan la vida —humana y no-humana— en el centro, constituye una resistencia anticapitalista a través de la priorización de la sostenibilidad de la vida (Pérez Orozco, 2015). Las prácticas y los saberes de Huerter@s producen sentidos que se van colectivizando en cada encuentro, de manera que se conforma un lenguaje común y una percepción del grupo como parte del ecosistema. Como tal, intenta generar modos de accionar que no contaminen la biodiversidad presente en el medio ambiente, lo cual deriva en la reinención de modos de vida alternativos a los hegemónicos.

También los aportes de Val y Rosset (2022) sobre las prácticas agroecológicas orientadas a la sostenibilidad de la vida nos ayudan a pensar esta experiencia. Los autores explican que éstas transforman no sólo los modos de relacionamiento, sino también las formas de producción de conocimiento. La agroecología cuestiona desde un punto de vista ontológico la separación entre naturaleza y sociedad y propone una visión relacional e interdependiente entre humanos, suelos, plantas y otros seres. Entonces, si pensamos la interdependencia desde la agroecología, podemos decir que la ontología política que proponen estas prácticas se articula en un escenario fértil para la creación de formas de resistencia anti-extractivistas y anti-capitalistas, que va tramando hilos con otras experiencias situadas en distintos territorios, incluso dentro de la academia.

De manera análoga, durante el proceso comenzamos a interrogar nuestro lugar como investigadoras, lo que provocó un movimiento de transformación en nuestro análisis de los procesos colectivos humanos. Retomando a Vinciane Despret (2022) comenzamos a

prestar atención a nuestras formas de prestar atención. Esta perspectiva nos permitió alojar y darle lugar a cuestiones que antes no eran consideradas. Por ejemplo, además de observar y reflexionar sobre las relaciones entre las integrantes del grupo y sus dinámicas, comenzamos a reparar sobre cómo las participantes gestionaban la presencia de insectos en la huerta o si la planta de otra integrante había comenzado a dar sus frutos. A su vez, también se volvió cotidiano que, cada vez que nos encontrábamos, nos compartieran plantines, semillas o algún fruto recién cosechado, siempre acompañado de un consejo sobre cómo cuidarlo o prepararlo. Dejarnos afectar por estas cuestiones que antes pasaban desapercibidas, produjo que nuestros vínculos con la naturaleza empezaran a adquirir otros sentidos, generando complicidades en esta trama interdependiente.

Repensar y reinventar las tareas de cuidado

La interdependencia necesaria para sostener la vida se produce en lo micro, a partir de dinámicas que, según el momento del grupo, coexisten, fluctúan o se yuxtaponen de formas diversas: cooperación entre integrantes, cuidado de las huertas familiares (que no sólo implica cuidar la propia, sino también relevarse en el cuidado de las huertas de otras) y articulaciones con redes y grupos (sociales, estatales, académicos) que comparten horizontes políticos similares. Estas interrelaciones y complementariedades son heterogéneas, no lineales, y sobre todo, no están exentas de tensiones y contradicciones.

Aun así, lo particular que transversaliza estos relacionamientos es un sentido de respeto por esos otros —humanos y no-humanos—, como forma de comprender sus tiempos y sus modos singulares de ser y habitar la vida en la Tierra. Dicho por algunas integrantes, entender los procesos naturales de las plantas ayuda a gestionar las ansiedades de la vida cotidiana, y en un mismo sentido, son incorporadas y respetadas distintas temporalidades para participar en el grupo (algunas sólo pueden ir una vez por mes porque trabajan remuneradamente o porque deben cuidar a familiares, o llegan más

tarde o se retiran antes por distintas circunstancias). La cercanía y el contacto se vuelven necesarios para cuidarse mutuamente, tejiendo y re-tejiendo reciprocidades que afloraron en un contexto de pandemia, donde –recordemos– la recomendación para protegerse era el aislamiento de los cuerpos. Así se expresa el cuidado en la narrativa:

También va rotando lo que podemos aportar y lo que vamos necesitando, por ejemplo, cuando alguien está enferm@ otra persona le hace los mandados. Las necesidades diferentes que tenemos, que a veces son puntuales y que generan que otr@s nos apoyen, también nos enriquecen como grupo. Varían también las plantas que tenemos en nuestras huertas pero compartimos las semillas que surgen de allí. Nos ayudamos para saber cuándo es mejor plantar y de qué forma cuidar a las plantas. "Hay que hablarles para que crezcan". Desde nuestras diferencias nos vamos complementando.



La interdependencia y la sostenibilidad de la vida se expresan entonces desde el grupo como la creación de tiempos y espacios alternativos a los que los itinerarios hegemónicos ofrecen con respecto a los cuidados, que en general quedan relegados al ámbito de la familia, a lo doméstico y a lo humano (Krmptotic y De Ieso, 2010) y que, de un tiempo a esta parte, han virado hacia el cuidado propio, en consonancia con la exacerbación de dictados individualistas de autosuficiencia. En Huerter@s el cuidado vuelve a aparecer como reivindicación posible de un *nosotras/os* creado, extendido, vital.

Análisis feministas realizados desde las economías, vienen insistiendo en la relevancia del aporte de las mujeres en dichas tareas (Carrasco, 2001; Pérez Orozco, 2015), ya que las actividades para la reproducción de la vida han sido históricamente visualizadas como constitutivas del género. Se han asociado a actos realizados por amor y sin reconocimiento social, en tanto no son vinculadas con la productividad del mercado, pese a que han sido los cuidados los que históricamente han sostenido el trabajo remunerado en el ámbito público, no doméstico, en general llevado a cabo por hombres y considerado productivo (Federici, 2018). Estas perspectivas críticas se focalizan en la importancia de reconocer las tareas de cuidado de la vida como

trabajo, cuestionan su constante invisibilización y desvalorización y plantean la necesidad de su colectivización y redistribución.

Entendemos que las actividades de cuidado desarrolladas por Huerter@s han estado ligadas a la alta presencia de mujeres en el grupo. Con esta aseveración no pretendemos perpetuar una mirada esencializadora de dichas prácticas y su atribución al género femenino, pero al mismo tiempo, es fundamental no invisibilizar la conformación del grupo y la influencia en su dinámica. En otras palabras, esta incidencia puede adjudicarse a procesos de naturalización de los roles de género y de las prácticas asociadas. Se hace evidente un linaje feminizado en estas prácticas que se sostiene en el tiempo, produce memoria y se reactualiza en grupalidades que cuidan y se cuidan, como la que compone nuestro estudio.

Detenernos en las tareas de cuidado dentro de las actividades para la reproducción de la vida tiene la potencia de colocar el foco en experiencias singulares, en las relaciones que se tejen allí y en los efectos que ello tiene en las vidas que involucran. Visibilizar estas prácticas permite “contemplar tareas y actores concretos, situados y en relación” (Vega, Martínez y Paredes, 2018: 23) y con ello, reconocer su lugar central e imprescindible para la sostenibilidad de la vida.

Otras formas de lo político: política afectiva y articulaciones parciales

Como decíamos antes, el encuentro de este equipo de investigación con el colectivo de Huerter@s, emerge en un momento de crisis social, económica y sanitaria, producto de la pandemia por Covid-19. A raíz de la urgencia que esto representó, fueron surgiendo respuestas solidarias, y ante ellas se volvió particularmente necesario actualizar las reflexiones en torno a lo político, para comprender las manifestaciones singulares de diversos colectivos que se conglomeraron o consolidaron. También se hacía necesario agudizar una sensibilidad que permitiese atender a cuánto de lo que preexistía se reactualizaba, quedando sus manifestaciones cooptadas por el capitalismo

(Caffentzis y Federici, 2015), y cuánto realmente planteaba alternativas posibles de existencia.

La experiencia de Huerter@s nos acercó a una de estas manifestaciones alternativas de lo político por su modo singular de producción de lo común (Caffentzis y Federici, 2015). Esta singularidad radica en gran medida en una trama afectiva que compone de manera explícita e intencional el hacer del colectivo, orientado, como vimos, al cuidado entre las participantes del grupo y entre ellas y las plantas. Ante la inquietud recurrente de algunas integrantes con respecto a qué era lo que sostenía al grupo y qué era lo que le daba continuidad, pudimos pensar en lo afectivo como una clave. Dicha dimensión se expresa, como vimos, en el cuidado de las participantes entre sí, lo cual fue redundando en la producción y el mantenimiento de espacios de sostén mutuo de los que han surgido vínculos de vecindad y amistad. Si bien el accionar del colectivo se va orientando a metas y fines concretos, prima el deseo y el afecto como motor de su sostén, más que el logro de aquellos objetivos. Insiste nuevamente la idea de sostenibilidad de la vida (Carrasco, 2001; Pérez Orozco, 2015) como inspiración para una política posible, tramada desde y para los afectos y el cuidado.

Experiencias como ésta revelan el empalme entre lo político y lo afectivo. Abren paso para pensar en torno a una noción que diversas autoras desde el feminismo y el vitalismo nos han acercado (Lee Teles, 2020; Osorio-Cabrera, Gandarias y Fulladosa, 2021): la *política afectiva*. Se la entiende aquí como posibilidad para crear y recrear nuevas relacionalidades (Lee Teles, 2020) y para pensar en los procesos de transformación, en su impulso y freno (Jasper, 2012).

A través de esta noción buscamos descentrarnos de las lógicas de inteligibilidad que nos lanzan a comprender a la política únicamente desde los cálculos y las medidas; desde teleologías, jerarquías y economías mercantiles; desde los partidos políticos y el poder basado en el mando y la obediencia. Hablar de política afectiva, implica, entonces, desafiar las visiones dicotómicas que han hecho primar la razón por encima de la emoción sosteniendo lógicas propias del neoliberalismo y privilegiando ciertas vidas, ciertos territorios y ciertas experiencias por encima de otras.

Butler (2023) da cuenta de la pandemia como un momento histórico en donde esto se evidenció: las desigualdades que ya existían se profundizaron, quedando ciertas personas más expuestas a la marginación, la pobreza y el contagio. De ahí que podemos pensar en lo insuficiente que resulta la política desde sus manifestaciones más estratégicas y teleológicas, orientada a fines específicos que se alían a lógicas vinculadas al desarrollo y progreso entendido muchas veces desde el crecimiento y enriquecimiento económico para unos pocos. De este modo pueden terminar sucumbiendo al asistencialismo y perpetuando sobrecargas, exigencias, posiciones jerarquizadas y fragmentaciones. Pero por otro lado, la crisis, y específicamente la pandemia, también es pensada por Butler (2023) como una oportunidad para preguntarnos qué hace que una vida sea vivible y qué hace que una muerte sea llorada. Nos da una pista: se trata de “algunas condiciones compartidas” (Butler, 2023: 71); de un bienestar propio dependiente del bienestar de las/os otras/os.

En otras palabras, la crisis introduce la pregunta sobre cómo estamos con otras/os (Salazar, 2011; Skliar, 2010), es en este punto que se vuelve crucial reintroducir lo afectivo en el debate de lo político. La crisis puede ofrecer una oportunidad para dotar “de significado a una comprensión compartida del buen convivir en ruptura con la actual idea [perpetuada históricamente por la economía moderna y la política] de desarrollo, progreso y crecimiento” (Pérez Orozco, 2015: 20). Los regalos de cumpleaños que Huerter@s implementaban durante el aislamiento social muestran ese buen convivir:

Buscamos estrategias para sortear el aislamiento; el cajón huertero (o cumpleañosero) fue nuestra solución. En cada cumpleaños de una persona integrante del grupo, entre tod@s aportábamos al cajón plantitas, plantines, semillas, cosas que quisiéramos compartir y, claro, alguna torta para soplar las velitas. Las personas que podíamos íbamos ese día a la puerta para entregarlo y cantarle a quien cumplía años. Recordamos con mucho cariño esos cajones huerteros varias conservamos imágenes de esos momentos.



El ejercicio del grupo durante el aislamiento por la pandemia fue, cotidianamente, construir modos de encuentro que permitieran sostenerse, construir red, apoyarse. Con este ejercicio, no sólo se cuidaban, sino que también mostraban resistencia a una política gubernamental que impulsaba el aislamiento de las personas adultas mayores. Resistían a través del afecto.

Pensar desde la política afectiva nos permite pararnos en un borde: pensar ontológicamente cómo son afectados los cuerpos –singulares y colectivos– por el poder, pero también cómo los reinventan, cómo los singularizan, cuánto pueden (Spinoza, 2000). Y en este entramado reflexivo, a la política se le devuelve, o más bien, se le reconoce su carácter afectivo, su imbricación con el deseo. Escribimos “reconocer”, porque nunca, en el fondo, dejó el afecto de estar allí: ensayamos la hipótesis de que a mayor invisibilización de los afectos en la política, más afectos tristes, desesperanzadores, de miedo y opresión.

El colectivo, entonces, muestra otras formas de lo político que, al decir de Raquel Gutiérrez (2017), se ubican más allá y más acá del Estado y del Mercado; formas políticas que no centran sus demandas en el Estado ni constituyen jerarquías internas que les “representen”. Esto no significa que desde Huerter@s no se reconozca la utilidad de ciertas herramientas estatales y se usen como instrumento para sus propios objetivos. De hecho, se vinculan con instituciones como el Municipio, para el uso del Centro de Barrio, para articular en redes de huertas impulsadas desde el mismo o con espacios de formación que ese gobierno local ofrece. Sin embargo, como dicen desde el colectivo, una cosa es que sean un instrumento y otra es depender de estas estructuras o que condicionen el funcionamiento del grupo.

Estas formas de la política implican la búsqueda de la horizontalidad. Una de las maneras en las que esto se manifiesta en Huerter@s tiene que ver con la forma en la que se toman decisiones en colectivo y con cómo es la asunción y la rotación de roles según las distintas necesidades: rotan, por ejemplo quién(es) gestionan el dinero, o quién(es) representarán al grupo en algunos espacios. Estas dinámicas,

que encarnan de maneras alternativas lo político, son características de las formas de producción de lo común.

Sin embargo, estos modos no están exentos de conflictos. Que no se busque reproducir en espejo formas de representación tradicional, no significa que no se reproduzcan ciertas jerarquías o liderazgos. “De hecho, el pedido que se realizó desde el grupo hacia el equipo de investigación [contemplaba la necesidad de trabajar sobre el riesgo] de cristalización de los liderazgos en algunas de las participantes” (Hernández, 2024: 30). La preocupación por no reproducir estas jerarquías ha estado en el centro de las reflexiones del colectivo y en el trabajo con nosotras.

De modo que las tensiones en el modo de organización están relacionadas con los liderazgos (asumidos y adjudicados), y en particular, con su insuficiente rotación que por momentos genera males y sobrecargas. Parte del trabajo realizado con nosotras implicó la reflexión sobre estos modos de funcionamiento, así como la forma de fortalecer al colectivo mediante la rotación de tareas, la profundización en la confianza de sus integrantes para asumir determinadas responsabilidades y el reconocimiento del saber acumulado en este tipo de trabajo colectivo.

Por otro lado, la forma de relacionamiento de Huerter@s, que puede pensarse como “tendencialmente horizontalizadora” (Gutiérrez, 2015, citada en Navarro, 2016: 154), también se vincula con la búsqueda de la “articulación de las diferencias” (Montenegro *et al.*, 2014). Ésta se expresa por medio del carácter inclusivo del grupo en relación a quienes quieran acercarse y del valor otorgado al saber y a los aportes de cada participante. “La composición variada con respecto a las edades, a la escolaridad alcanzada, a los oficios y las profesiones, a la manera en la que se vinculan con la naturaleza, las plantas y las huertas [...]” (Hernández, 2024: 29), son aspectos que fortalecen el intercambio, por la diversidad de miradas y los procesos de aprendizaje que se producen. Así se expresó en la narrativa:

Los roles pueden resultarnos útiles y servir al sostén del grupo, pero no siempre tienen que jugarse de la misma forma. Pueden rotar de la misma manera en que la naturaleza pasa por distintas estaciones o como los diversos cuidados que requieren las plantas durante su crecimiento.

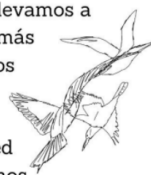


Algunas crecen mejor con la presencia del sol mientras que otras disfrutan la sombra. Otras son plantadas en luna menguante o creciente, y algunas necesitan que retiremos sus hojas marchitas y crecer en un lugar al reparo del viento. Nuestro cuidado sobre ellas las ayuda a madurar, y compartir en el grupo las distintas formas de hacerlo, hace que sembremos la confianza que nos sostiene a nosotr@s.

En el grupo de Huerter@s de Colinas de Solymar “las diferencias [por momentos] buscan ser afirmadas, se hacen y se producen, expandiendo una potencia que a través de la multiplicidad, piensa y actúa devenires” (Fernández, 2009), “sin subsumirlos a totalizaciones que diluirían las singularidades en juego” (Hernández, 2024: 30). La composición de las tramas vinculares que articulan las distintas posiciones sin fusionarse, tiene que ver con la articulación de posiciones parciales que, abriéndose al encuentro, nos ilustran imágenes posibles de lo político (Laclau y Mouffe, 1985). Sin embargo, a veces, visualizar las diferencias, sobre todo en relación a los conflictos es visto como una amenaza, generando miedo a que el grupo se rompa. Como se expresó en la narrativa:

Es más difícil ver otras diferencias. Algunas personas participamos del grupo con nuestr@s hij@s o niet@s, otras venimos solas. Algunas trabajamos remuneradamente y por eso no venimos siempre. La mayoría somos mujeres y los varones somos menos, usamos el arroba para nombrarnos. Algun@s estamos hace más tiempo en el grupo y otr@s menos tiempo. ¿Cómo aparecen en el día a día esas diferencias? ¿Qué nos generan?

Sin duda, lo más complicado es pensar las diferencias que generan conflictos. A veces no los vemos, en otros momentos definimos no expresarlos, queremos cuidar al grupo. Sin embargo, a estas tensiones nos las llevamos a casa y tampoco está bien. Hay quienes tienen más cintura, cuidan las formas de decir, otr@s, somos más direct@s. A veces tenemos miedo de decirnos lo que nos pasa o lo que nos molesta. Sin embargo, también sabemos que hay una red de afectos que sostiene, no es menor que estemos cumpliendo tres años. "Son más los buenos momentos que los malos".



Reconocer el impacto político de estos afectos constituyó un elemento importante en el acompañamiento del grupo (Osorio-Cabrea, 2025), de modo que parte del proceso consistió en trabajar estos aspectos junto con la potencia que significa esta multiplicidad y la necesidad de establecer espacios de conversación que apostaran a su reconocimiento.

En estas andanzas del colectivo, donde se ensayan maneras alternativas de lo político, la dimensión afectiva también atraviesa los recuerdos. La memoria colectiva que se narra va tejiendo un *nosotros* (Salazar, 2011). A través del trabajo realizado, no se buscó *una* historia, sino que se habilitó un tiempo-espacio para darle sentido a las experiencias desde el hacer común. Por ello, lo colectivo se restituye en ese relato creado —que encontramos, en parte, en la narrativa construida, pero que excede a la misma— y en creación, en tanto el grupo sigue funcionando. El encuentro se da desde un hacer común, desde las distintas experiencias con las huertas y desde los saberes que se comparten. La posibilidad de narrarse como forma de devenir común (Benjamin, 2003) se expresa en la narrativa como relato que se compone y comparte. La narración, así, instituye una

memoria, articulando la historia propia, la memoria de las afecciones de los encuentros y las separaciones (Salazar, 2011). Por eso compartir la experiencia es hacerla común, es hacer evidente lo que hay de afectivo en la trama política y viceversa, potenciando la creación y recreación de nuevas relacionalidades (Lee Teles, 2020). Así, diciendo un nosotros múltiple, se abren horizontes de lo posible, y se nos dispone a la construcción de un mundo en el que queremos habitar (Salazar, 2011).

Reflexiones finales

En tiempos de crisis civilizatoria, la pregunta por los modos de sostener la vida insiste. Nos enfrentamos a un sistema capitalista, patriarcal y ecocida que ha declarado la guerra a la vida (Herrero, 2016). En este artículo compartimos algunas reflexiones que se despliegan en el encuentro con una experiencia colectiva que da cuenta de caminos alternativos posibles. Ante situaciones de crisis que promueven lógicas individualizantes y de aislamiento, las manifestaciones de lo colectivo resisten. Advierten de la posibilidad de configuraciones innovadoras de lo común, que se tejen entramando relaciones de complicidad no solamente entre personas, sino también con la naturaleza. Los cuerpos que cuidan la tierra y que además se juntan a recuperar y reinventar saberes tradicionales sobre los cuidados —que vienen arraigados en sus trayectorias de vida—, nos invitan a pensar en cómo los momentos de crisis también son provocadores de semilleros de re-existencias. Estos entramados nos remiten a la urgencia de agudizar una mirada interdependiente, para desafiar las construcciones dicotómicas y jerarquizantes de nuestro relacionamiento con lo no-humano, evidenciando que somos naturaleza. Nos hacen reivindicar la premisa de que para sostener la vida, todas las vidas, nos necesitamos.

Las formas de relacionamiento que se tejen en las dinámicas colectivas también disputan sentidos a las formas tradicionales de la política. Sin ánimo de romantizar este tipo de procesos ni de negar

los desgastes, sobre-esfuerzos y dolores que también forman parte de estas formas de resistencia, consideramos que estas prácticas son transformadoras en sí mismas porque cotidianamente intentan el descentramiento de las relaciones de poder para crear y creer en nuevas formas de vivir la vida en común.

Además, nos invitan a prestar atención a los afectos que se componen en la producción de lo común, en la búsqueda de modos horizontalizadores en el relacionamiento, pensando la potencia política de dichos afectos en tanto impulso y freno. También nos conducen a atender las singularidades de los cuerpos que van tramando lo común, de manera que las historias y saberes logran salir del espacio privado para colectivizarse, y así recuperar su potencia de acción desde la articulación con otras experiencias. En esta composición, el territorio pasa a ser habitado desde un común, desde sensibilidades que resuenan por sentirse “invitadas a plantar” poniendo en evidencia que los cambios ontológicos no se realizan de forma desterritorializada (Giraldo, 2018), sino que arraigan las historias de vida que llevaron a las participantes a desplegar esta experiencia. El grupo ha dado lugar a la revalorización de saberes tradicionales sobre el cuidado de la tierra, muchas veces relegados al espacio privado e invisibilizados en su potencia y valor como trabajo para sostener la vida.

Retomar la mirada sobre los afectos y los cuidados nos permite visibilizar que hay prácticas de resistencia al modelo capitalista y extractivista que se están desplegando desde colectivos y que no necesariamente se denominan o visualizan como políticos. La experiencia analizada permite reflexionar sobre la sostenibilidad de la vida en una imbricación íntima con las tareas de cuidado y la incidencia del género en su organización. Desde el colectivo al que nos referimos aquí, se despliegan formas de cuidado incluyendo la consideración de lo no-humano, excediendo a las perspectivas familiaristas que se vinculan a estas tareas, y extendiéndose también a vínculos con personas del barrio, vecinas o amigas, y con las instituciones. Las cercanías geográficas del grupo también se transforman en cercanías afectivas, que habilitan el surgimiento de redes de emancipa-

ción colectiva. Resulta imperioso recuperar el lugar de las mujeres en procesos de este tipo, y extenderlos a todas las personas, junto a los aprendizajes históricos y las memorias colectivas que reivindican las actividades para la reproducción de la vida como transformaciones del mundo desde prácticas íntimas y situadas.

Otra línea en la que queremos reparar a partir de la experiencia antes expuesta tiene que ver con lo metodológico. Inspiradas en las epistemologías feministas, la búsqueda de coherencia epistemológico-metodológica ha sido parte de nuestras reflexiones. Buscamos generar encuentros que desde la articulación de posiciones nos permitieran aproximarnos al conocimiento que se produce en las experiencias con las que nos relacionamos. En este sentido, orientadas por una ética político-afectiva en el hacer investigación, generamos procesos implicados. La trama afectiva que componemos con las experiencias son fundamentales y se constituyen en orientaciones epistémicas en los procesos de producción de conocimiento (Osorio-Cabrera, Gandarias y Fulladosa, 2021). En este sentido, desde un ejercicio constante de reflexividad nos preguntamos por los efectos que algunas cuestiones tienen en la comprensión de estas experiencias. ¿Qué sucede cuando nos “enamoram” de las experiencias con las que nos relacionamos al constatar que materializan las tan anheladas transformaciones? Nos referimos a las dificultades que por momentos se presentan a la hora de reconocer tensiones, generando imágenes “idealizadas” de los procesos. Esta alerta no es una invitación a volver sobre miradas supuestamente neutrales del conocimiento que tanto critican las perspectivas feministas a la ciencia positivista. Por el contrario, nos referimos a la importancia de enunciar los desafíos éticos y epistemológicos de un hacer encarnado.

Finalmente, este proceso nos dejó grandes aprendizajes sobre cómo pensar y trabajar con colectivos. También sobre las distancias entre lo que aprendemos desde las teorías y lo que aprehendemos en el proceso conjunto y embarrado (Osorio-Cabrera, Gandarias y Fulladosa, 2021) con otras. Sin embargo, nos quedan aspectos a seguir trabajando.

Entendemos que no hemos podido abordar con suficiente profundidad una mirada que pueda reconocer los efectos del encuentro de las distintas posiciones, consideradas desde lo social, económico, político, cultural. Nos referimos a las diferencias y a las posibilidades de composición a partir de las mismas, ya que experiencias como éstas nos hablan de formas de lo político que intentan abrirse en la articulación de posiciones parciales, frente a lógicas totalizadoras y homogeneizantes. Sin embargo, se hace necesaria una reflexión interseccional (Davis, 1981) que pueda ser capaz de enunciar y problematizar los efectos que la yuxtaposición de diferencias, de vulnerabilidades y de formas de dominación en un mismo cuerpo, pueda estar teniendo. Las dificultades para incorporar reflexiones sobre las posiciones sexo-genéricas o racializadas son parte de los pendientes a seguir profundizando en futuros trabajos.

Quisiéramos cerrar resaltando la necesidad de potenciar y promover la articulación de miradas parciales entre la academia y las resistencias en los territorios. La necesidad de entramarnos para sostener procesos de colaboración mutua. Los aprendizajes que nos dejan las epistemologías feministas y los procesos participativos de investigación son claves. Somos parte de los procesos, nos transformamos colectivamente con otras, desde el intercambio de saberes. Seguir apostando por esos procesos es parte de un desafío ético-político y afectivo, y de un compromiso para la constitución de vidas dignas de ser vividas.

Referencias

- Balasch, Marcel y Montenegro, Marisela (2003), “Una propuesta metodológica desde la epistemología de los conocimientos situados: Las producciones narrativas”, *Encuentros en Psicología Social*, vol. 1, núm. 3, pp. 44-48.
- Benjamin, Walter (2003), *El narrador*, Centro de Estudios Manuel Enríquez, Santiago de Chile.

- Butler, Judith (2010), *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Paidós, Madrid.
- Butler, Judith (2023), *¿Qué mundo es este? Fenomenología y pandemia*, Taurus, Madrid.
- Caffentzis, Georges y Federici, Silvia (2015), “Comunes contra y más allá del capitalismo”, *El Aplane. Revista de Estudios Comunitarios*, núm. 1, pp. 53-72.
- Carrasco, Cristina (2001), “La sostenibilidad de la vida humana: ¿un asunto de mujeres?”, *Mientras tanto*, núm. 82, pp. 43-70.
- Cielo, Cristina y Carrión, Nancy (2019), “La transformación de los territorios de cuidado en el circuito petrolero ecuatoriano”, en Susanne Hofmann y Melisa Cabrapan (coords.), *Género, sexualidades y mercados sexuales en sitios extractivos de América Latina* (pp. 61-92), CIEG-UNAM, México.
- Davis, Angela (1981), *Mujeres, raza y clase*, Akal, Madrid.
- Despret, Vinciane (2022), *Habitar como un pájaro. Modos de hacer y de pensar los territorios*, Cactus, Buenos Aires.
- Federici, Silvia (2018), *Revolución en punto cero. Trabajo doméstico, reproducción y luchas feministas*, Tinta Limón, Buenos Aires.
- Fernández, Ana María (2009), “Las diferencias desigualadas: multiplicidades, invenciones, política y transdisciplinas”, *Nómadas*, núm. 30, pp. 22-33.
- Giraldo, Omar Felipe (2018), *Ecología política de la agricultura. Agroecología y posdesarrollo*, El Colegio de la Frontera Sur, San Cristóbal de Las Casas.
- Gutiérrez, Raquel (2017), *Horizontes comunitario-populares*, Traficantes de Sueños, Madrid.
- Haraway, Donna (1991), *Ciencia, cyborgs y mujeres: La reinención de la naturaleza*, Cátedra, Madrid.
- Haraway, Donna (1997), *Testigo_Modesto@Segundo_Milenio.HombreHembra(c)_Conoce_Oncoratón(r)Feminismo y Tecnociencia*, UOC, Barcelona.
- Haraway, Donna (2016), “Antropoceno, Capitaloceno, Plantacionoceno, Chthuluceno: generando relaciones de parentesco”, *Revista Latinoamericana de Estudios Críticos Animales*, vol. 3, núm. 1, pp. 15-26.

- Hernández, Elena (2024), *Lo amistoso. Marañas cartográficas para el ensayo de una psicología de los entres*, tesis de licenciatura en Psicología, Universidad de la República, Uruguay.
- Herrero, Yayo (2016), “El ecologismo ante la crisis civilizatoria”, en *Una mirada para cambiar la película. Ecología, ecofeminismo y sostenibilidad*, Ediciones Dyskolo.
- Jasper, James (2012), “Las emociones y los movimientos sociales: veinte años de teoría e investigación”, *Revista Latinoamericana de Estudios sobre Cuerpos, Emociones y Sociedad*, vol. 4, núm. 10, pp. 46-66.
- Kazic, Dusan (2024), *Cuando las plantas hacen lo que les da la gana. Concebir un mundo sin producción ni economía*, Cactus, Buenos Aires.
- Krmpotic, Claudia y De Ieso, Lia (2010), “Los cuidados familiares: aspectos de la reproducción social a la luz de la desigualdad de género”, *Revista Katálysis*, vol. 13, núm. 1, pp. 95-101.
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal (1985), *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia*, Siglo XXI Editores, Madrid.
- Lee Teles, Annabel (2020), *Política afectiva. Apuntes para pensar la vida comunitaria*, Fundación La Hendija, Paraná.
- Lugones, María (2011), “Rumbo a un feminismo descolonial”, *La Manzana de la Discordia*, vol. 6, núm. 2, pp. 105-119.
- Montenegro, Marisela, Rodríguez, Alicia y Pujol, Joan (2014), “La psicología social comunitaria ante los cambios en la sociedad contemporánea: de la reificación de lo común a la articulación de las diferencias”, *Psicoperspectivas*, vol. 13, núm. 2, pp. 32-43.
- Navarro, Mina (2016), *Hacer común contra la fragmentación en la ciudad: experiencias de autonomía urbana*, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla.
- Osorio-Cabrera, Daniela (2024-2025), “Por una política de los afectos en la economía social y solidaria”, *Papeles de Relaciones Ecosociales y Cambio Global*, núm. 168, pp. 63-73.
- Osorio-Cabrera, Daniela, Gandarias, Itziar y Fulladosa, Karina (2021), “Consideraciones ético-político-afectivas en investigaciones femi-

- nistas: articulaciones situadas entre academia y activismo”, *EMPIRIA. Revista de Metodología de las Ciencias Sociales*, núm. 50, pp. 43-66, [<https://doi.org/10.5944/empiria.50.2021.30371>].
- Pérez Orozco, Amaia (2015), *Subversión feminista de la economía*, Traficantes de Sueños, Madrid.
- Quijano, Aníbal (1992), “Colonialidad y modernidad/racionalidad”, *Perú Indígena*, vol. 13, núm. 29, pp. 11-20.
- Rodríguez, Alicia, León Cedeño, Alejandra, Parra, Alejandra y Montenegro, Marisela (2024), “Psicología Comunitaria: entre las prácticas de captura y las aperturas prometedoras”, *Revista Iberoamericana ConCiencia*, vol. 9, núm. 2, pp. 83-98.
- Salazar, Claudia (2011), “Comunidad y narración: la identidad colectiva”, *Tramas*, núm. 34, pp. 93-111.
- Skliar, Carlos (2010), “Los sentidos implicados en el estar-juntos de la educación”, *Educación y Pedagogía*, vol. 22, núm. 56, pp. 101-111.
- Spinoza, Baruch (2000), *Ética demostrada según el orden geométrico*, ed. y trad. De Atilano Domínguez, Trotta, Madrid.
- Val, Valentín y Rosset, Peter (2022), *Agroecología(s) emancipatoria(s) para un mundo donde florezcan muchas autonomías*, Clacso, Cooperativa Editorial Retos/Cátedra Jorge Alonso/Universidad de Guadalajara, Ciudad de México.
- Vega, Cristina, Martínez Buján, Raquel y Paredes, Myriam (2018), *Cuidado, comunidad y común. Extracciones, apropiaciones y sostenimiento de la vida*, Traficantes de Sueños, Madrid.

Fecha de recepción: 12/05/25

Fecha de aceptación: 16/10/25

DOI: 10.24275/tramas/uamx/202564233-258